

Nº 596
9
Marzo
2022
Miércoles



Sin duda, hay gente magnífica

Emilio Álvarez Frías

Quizá estamos obsesionados con el comportamiento de nuestros políticos en cuanto a la gobernación de la nación y, a la vista de lo que hacen y cómo lo hacen, nos vemos obligados a colgarles los sustantivos que sus acciones merecen complementados con no pocos adjetivos que redondean el encuadre en el que hemos de colocarlos. Y como hemos de generalizar, pues hay una importante masa tras ellos, –aunque en ocasiones hagamos salvedades– introducimos en el mismo costal a gentes de todo tipo y condición, de ambos sexos, de distintas procedencias, de edades variadas, con lo cual, naturalmente, hemos de caer en el pecado de ser injustos. Esa inclinación a generalizar está un tanto justificada cuando ahincamos en señalar a qué partido político corresponden, en que cofradías se mueven, quienes son los compadres que los acompañan, cuáles las ínfulas que los corroen, con quién les gustaría acostarse. En ese bandear suponemos que se nos significamos perfectamente y se nos entiende sin lugar a dudas. La pretensión es hacer todo lo posible para conseguir echar de los sitios que indebidamente invaden a cuantos no merecen ocuparlos, y, complementariamente, embadurnar



las aceras por las que discurren con el fin de que resbalen, pierdan el equilibrio y vayan derechos a las alcantarillas, que es el destino más adecuado en el que deberían residir.

La pretensión no es otra que limpiar de hombres protervos el panorama nacional. Incluso el internacional si es posible ampliar el campo de actuación, caso del tirano Putin, así como de bastantes otros que andan de acá para allá

buscando su lucro personal de forma desmedida y a cuenta de los habitantes de los respectivos países.

En esa pesadilla que nos atosiga, frecuentemente se nos olvida recordar a los hombres buenos que plagan no pocos campos, pues los hay a porrillo por nuestra geografía y por el resto del globo terráqueo. Como decíamos, en algunas ocasiones, para distinguir a unos de otros, hacemos referencia a estos seres filántropos, benefactores, humanitarios que no se hacen notar, que ejercen su misericordia sin alharacas, que desde su rincón expanden su saber, su

arranque, su fuerza, su voluntad para el bien de la comunidad, ya sea material, ya espiritual, ya de protectorado o de instrucción en los variados ejidos en los que esta se puede ejercer.

A Dios debemos dar gracias por ello, de vez en vez salen a relucir y cumplen una misión impagable. Y en este momento puntual vemos como surgen de todos los rincones del país, tengan más o menos bienes de los que tirar, sean más inteligentes y formados a tope o escasamente, su cultura se limite a la más modesta formación o alcancen cotas de perfección. Y en situaciones como la actualmente desencadenada por Putin, que ha decidido lanzar una guerra inmisericorde contra Ucrania, con cuya acción está destrozando el país, que ha sometido a las catacumbas a la población, que ha puesto en marcha una considerable columna de niños y mujeres huidos hacia otros espacios del mundo –de aproximadamente dos millones se seres hasta el momento–, los hombres buenos (varones y mujeres) se han arremangado, con toda la ponderación que en ellos cabe, sin que nadie les empuje, lanzándose al socorro posible con el fin de poder traer a la paz de España a niños desorientados y madres a la deriva, y llevar medicinas, comidas, ropas y amor a gentes agobiadas por la pérdida de sus bienes, hambrientas, con el dolor de dejar en la guerra a sus hijos mayores y a los compañeros de muchos años, sin saber si los volverán a ver.

Como decimos, hay mucha gente estupenda por las tierras de España. Mucha capacidad de ayudar a los necesitados. Muchos hombres y mujeres dispuestos a entregarse por los demás, por los que sufre, por los necesitados, por los que precisan consuelo y un abrazo. El abrazo y el consuelo son fundamentales para quien se siente inerme, indefenso, desamparado. Y mucho más efectivos que manifestaciones desorientadas y gritos desmedidos y ofuscados a la deriva.

Hoy nos acompaña un botijo en el que no es difícil apreciar una decoración un tanto confusa. Como nos sentimos en estos tiempos gran parte de los mortales. Pues es fácil perdernos pensando dónde está el lugar en el que vivimos, en el que siempre deseamos hacerlo, donde hallar los campos proclives a dar buenas cosechas o los que únicamente son propensos al baldío, analizando si disfrutaremos de cielos encapotados o gozaremos animosos con los rayos del sol que da vida. El artista que decoró el botijo probablemente se sentía un tanto confuso, perdido, buscando su futuro en un mundo que no tiene clara las ideas.



* * *

Un gobierno antijurídico

Ángel Pérez Guerra

El punto de partida de cualquier estado moderno ha de ser la seguridad jurídica. A partir de ahí, cualquier mejora es posible, aunque no esté garantizada. Los ciudadanos de un sistema en el que los derechos y las obligaciones estén nítidamente definidos son y se sienten libres, porque saben a qué atenerse. Eso se llama orden u ordenamiento jurídico coherente,

bien construido, eficaz, tranquilizador y capaz de animar la vida cotidiana de las gentes con el deseo de prosperar y superarse. Es un país en progreso, en definitiva.

De lo cual se infiere que lo contrario produce los frutos adversos: inestabilidad, desorden, sufrimiento y conflictos. Cuando una Nación cae en las garras de gobernantes desalmados, dispuestos a encarcelar a unos habitantes inocentes que protestan en paz y respetuosamente, meramente informando de las posibilidades que se le brindan a una mujer en el angustiosísimo trance de ver inviable su maternidad para resolver su problema sin recurrir al asesinato de su hijo, es que la inseguridad jurídica ha alcanzado sus últimos objetivos. Dispongámonos, pues, a presenciar y lamentar disoluciones morales de todo tipo, acompañadas –claro está– de ruina económica y social. No olvidemos nunca, sin embargo, las palabras de San Pablo sobre los dolores de parto, las del poeta acerca de la profundidad de la noche última antes del alba, y la valentía precoz de un filósofo como Julián Marías o de un novelista como Miguel Delibes, proclamando a tiempo que se abría paso este camino –por emplear el título de una obra cimera debida al segundo– de perdición en cuyo hondón nos encontramos lanzando brazadas de presas abusadas en el siniestro juego de la gallinita ciega, que tan espectralmente supo pintar Goya.

La degradación moral ha tocado fondo con esta reforma del Código Penal que ya dejó fuera la condena de los piquetes violentos y ahora lleva a presidio a «pobres gentes» (Rufián dixit) incursas en un nuevo delito de patente social-comunista (y «ciudadana», por cierto, que todavía existe el partido) y consistente



en rezar al tiempo que se ofrece salida a las mujeres que van a entrar en los infernales abortorios, cuyos dinteles merecían llevar la advertencia dantesca: «*O vos, qui intratis, omni spe auferte*». Indicación ésta no sólo aplicable a los nasciturus, que, aunque no sepan leer, y menos latín, sí se defienden desesperadamente en la matriz de sus progenitoras cuando notan el contacto succionador del

aspirador que para ellos es espirador... tan pronto. Quienes aún no la hayan visto, ármense de valor (cívico) y busquen la película *Unplanned* antes de que la prohíban. En ella descubrirán cómo nació en Estados Unidos el movimiento «Cuarenta días por la vida», que reza durante la cuaresma ante las puertas de un abortorio que llegó a cambiar, gracias a ellos, su tétrica función por la de sede mundial de la organización. Por cierto, que en España debutó en un lugar simbólico, que debemos al Rey Sabio y su Orden para la Reconquista: El Puerto de Santa María (de España).

Hay otros muchos campos en los que podríamos hablar de seguridad jurídica a la española, que cada vez se parece más a la venezolana o a la cubana. Están los «okupas», por ejemplo, que tienen a los jueces –me consta– perplejos y sin aliento, vencidos por la ambigüedad de una legislación sin norte. O de la

educación, culpable de todos los desastres que acompañan a las nuevas generaciones en su crecimiento y a sus padres que asisten impotentes al deterioro irreversible de las vidas que más aman. O el nuevo señorío de una delincuencia desbocada que se solapa con la marginación creada por una inmigración demagógica y sin control, una patente falta de horizontes laborales y un desprecio sistemático a la tradición familiar heredada desde el Neolítico (un varón, una mujer y una prole, con aprecio y veneración de los ancianos).

La ristra es interminable, y la punta del iceberg emerge de vez en cuando en el proceloso mar de una historia que se resiste a dejar atrás los vicios derivados del pecado original, como por ejemplo la guerra. Cebarse con personas que rezan y presentan soluciones verdaderas para salvar dos vidas por caso es la típica respuesta cobarde, manipuladora y vil a la petición de socorro de un naufrago que no puede nadar y sostener a su hijo en brazos: «Ahógallo y que se hunda; así pierdes lastre y te puedes salvar».

La inseguridad jurídica se vio el otro día en esa valleinclanesca sesión del Congreso donde el proyecto estrella del Gobierno antijurídico salió adelante, con fórceps presidenciales y por un voto fallido. Era la viva imagen, patética, de la caída libre en la que anda inmersa nuestra democracia. Pero pocos saben que en la misma sesión se votó el cambio en el Código Penal al que me vengo refiriendo. Y que durante esa votación se dio una situación igualmente esperpéntica, cual fue el voto favorable de nueve de cada diez diputados populares. Después rectificaron, pidiendo una tramitación con enmiendas. Pero habían dado el sí al proyecto, aunque habían anunciado que lo recurrirían ante el TC.

Sí, caballero. Sí, señora. Hecha jirones.

* * *

Ni democracia ni civilización: decadencia y muerte

Jesús Aguilar Marina (*El Correo de España*)

Es cierto que los árboles no nos dejan ver el bosque. La humanidad, o al menos la civilización occidental, está asistiendo a cambios portentosos que nuestro día a día no nos permite apreciar en toda su perspectiva. Desde hace muchos años, tal vez a partir de la Primera Guerra Mundial, algunos historiadores, filósofos y sociólogos se animaron a elaborar teorías sobre la evolución de las civilizaciones que, como es sabido, están sujetas a ciclos, como todo fenómeno que se manifieste sobre nuestro planeta.

Una de las causas de esta intermitencia consiste en la excesiva preocupación por nuestros bienes y ambiciones. Creo que fue Bertrand Russell quien acertó a dividir los estímulos humanos en creativos y posesivos, apuntando a estos últimos como originarios de desequilibrios internos y externos. El desvelo por lo material que, si moderado, constituye uno de los motores del progreso, lleva en sí, a su vez, el germen de nuestra perdición, cuando es desmedido.

Expuestos al desafuero por lo material, gracias en gran parte a la falacia contenida en la doctrina de la «sociedad del bienestar», radicalmente voluptuosa

y consumista, y atemorizados por las catástrofes –pandémicas, climatológicas, medioambientales o bélicas– que la propaganda de los poderosos precipita constantemente contra las muchedumbres, la civilización no puede ser nunca un modelo de armonía.

El ser humano necesita mantener siempre su nivel de libertad y de dignidad por encima del de su miedo. Sólo así su comportamiento será ponderado. Porque el vínculo que en una sociedad guardan entre sí la dignidad y el miedo determina su grado de civismo. Civismo que puede evaluarse en las relaciones sociales, expresión de los conflictos particulares, y sin el que es imposible su democratización.

Una multitud angustiada nunca puede ser armoniosa ni libre. Ni, por supuesto, democrática. Los amos del mundo se afanan en mantener a las poblaciones en situaciones extremas, conscientes de que, en tales circunstancias, no tiene cabida la dignidad ni a nivel personal ni social. El peligro para la civilización occidental no se halla hoy día en Rusia ni en Putin, sino en su propia sustancia,



en la diabólica elite de ese NOM que maneja los hilos de Occidente y que ha conseguido forjar unas sociedades alienadas, a imagen y semejanza de sus fatuos, necios, codiciosos y malvados dirigentes, y de sus sicarios.

Anulada la dignidad de los individuos, éstos se ven obligados a sobrevivir mani-

pulados, soportando la evidencia de su temor y de su cobardía. Y cuando en esta coyuntura la dignidad se da, salvada por los pocos que poseen capacidades críticas y condiciones de sacrificio, deviene en ejemplo cívico y convierte a su protagonista en cuasi héroe. Lo que debiera verse como una conducta normal, se ha transformado, pues, en excepcional.

Si el principio fundamental de la democracia es el respeto a la verdad y a la dignidad de las personas, es obvio que la campanuda democracia globalista resulta una terrible impostura que los espíritus libres están obligados a denunciar y desenmascarar. La democracia –ya de por sí una concepción equívoca– hoy por hoy supone, más allá de una ficción, una miserable argucia con la que tener embaucado al gentío que, por otra parte, ha hecho dejadez de la estima y consideración debidas en la conducta personal y en las relaciones sociales, para abandonarse al miedo más ignominioso.

Aceptar los cantos de sirena de los plutócratas y de sus secuaces, que tratan de convencernos de que los occidentales nos hallamos en un mundo democrático, es, peor que un autoengaño, un error de gravísimas consecuencias, pues nos hace cómplices de la corrupción institucionalizada y nos condena a la esclavitud y a la consecuente pérdida de nuestra propia estima. Las tramposas elecciones, simbólico señuelo del Sistema para mantener la apariencia democrática, sólo sirven como depositarias de ese omnipresente temor que nos convierte en criaturas pueriles, cuando no abyectas.

¿De qué le sirve al ciudadano el derecho al voto cuatrienal, si carece del derecho a su libre albedrío? ¿Qué importancia tienen los comicios si no se acompañan del derecho real a una vivienda, al trabajo, a la seguridad ciudadana, a la sanidad eficiente, a la educación de calidad, a la cultura ennoblecedora, a la justicia independiente, a la confianza en las instituciones del Estado, a la propiedad privada, al idioma común, a la unidad y solidaridad de la patria?

¿Democracia? No, subterfugio. Una excusa sociopolítica para la corrupción y el abuso. Un recurso para mantener enajenados y explotados a los pueblos, mientras los poderosos, desde la absoluta impunidad, multiplican por mil sus riquezas. De ahí que, aprendiendo de la historia, haya que reiniciar el camino para que la convivencia no nos venga trazada por los ventajeros, ni la democracia sea objeto de idolatría ni de ajena atribución, afrentados como nos hallamos por el miedo paralizante y por la negación de la realidad, de la verdad.

El caso es que, como decía al comienzo, las estructuras de la civilización occidental, como la hemos entendido hasta ahora, se están transformando y ce-



diendo ante otras muy distintas que van camino de fortalecerse y arraigarse. Y que, si bien disponemos de estadísticas sobre indicadores sociales y de calidad de vida (divorcios, depresiones, abortos, criminalidad, pobreza, analfabetismo, mortalidad, desempleo, etc.), así como de posibilidades para cuantificar lo ma-

terial, por el contrario, lo intelectual, lo anímico y lo moral, por ser cualitativos, resultan más difíciles de medir. Por ello, aunque lo sospechemos, desconocemos en qué grado de civilización estamos, si en la mera y pasajera decadencia de Occidente o en el fin de su historia.

Es obvio que una civilización de opulencia permanente, basada en beneficios y placeres, más el añadido de una tasa de bajo crecimiento demográfico, llevan en sí la muerte biológica. El consumo de lujos, el hedonismo a todos los niveles y la perversión sexual implícita en la globalista doctrina LGTBI, no es, finalmente, un consumo reconfortante, sino venenoso. Y, por otra parte, el aumento de la riqueza material no significa nada si no se tiene en cuenta cuál es su distribución entre los ciudadanos. No basta contar, sino que es preciso evaluar. Lo cual nos lleva al terreno de los principios y los prejuicios.

No es viable una civilización basada en beneficios –pues la conquista de un beneficio en un caso trae complicaciones en otro–, sino en valores. Tras el triunfo y el fracaso del liberalismo económico y político, así como del «materialismo democrático», tras la incapacidad para llegar a alguna parte del modelo capitalista de libre mercado y su economía competitiva, vencidos el fascismo y el nacionalsocialismo, consumada la «guerra fría», caído el «muro de Berlín» y alzado el de la «mafia rosa», abandonados los pueblos occidentales a la migración de otras etnias y culturas, sólo queda el caos, esa baraúnda

alternativa, mezcla inmunda de todo lo anterior, que tratan de organizar a su manera los nuevos demiurgos que componen la elite del NOM.

Con una pandemia magnificada interesadamente y una reciente e igualmente interesada amenaza de exterminio nuclear, gracias al inevitable conflicto entre Rusia y Ucrania, el «fin de la historia» de Fukuyama puede parecerles a muchos ahora no una fantasía premonitória, sino una posibilidad sin desmesura. Ante este desconcierto, que «los nuevos amos» fomentan y tratan de rentabilizar en su provecho, sólo unos cuantos resistentes se afanan tratando de ver entre las sobrecogedoras tinieblas, cuál es el camino más respetable que deberá seguir la humanidad para su permanencia.

Spengler, hace ya noventa años, se hizo la inquietante pregunta: «¿Qué pasará si la lucha de clases y la de razas se aúnan un día para acabar con el mundo blanco?». Sin pretenderlo, supongo, dio la idea a la diabólica plutocracia que hoy gobierna en Occidente. Pero se quedó corto en sus preocupaciones, pues estas mentes luciferinas, además de haber conformado ya esa tenebrosa alianza, están dispuestas, apoyándose en ella y en otros múltiples medios a su disposición, a obligar a los seres humanos supervivientes a ser, por encima de todo, completamente desgraciados.

* * *

La invasión de Ucrania abre una nueva era para Europa y el mundo

En estos momentos históricos, Europa necesita coraje, determinación y sabiduría. Cuatro prioridades a considerar

ForumLibertas

La invasión de Ucrania por parte de la Rusia de Putin es un evento geopolítico de primera importancia. Abre una nueva era para Europa y vislumbra un nuevo orden político mundial. La guerra abierta de Rusia contra Ucrania, iniciada el 24 de febrero, afecta a la seguridad, la estabilidad y la paz de Europa, cambiando el panorama geoestratégico europeo y global.

Para la Unión Europea (UE), el choque provocado por la embestida militar del



presidente autócrata de Rusia, Vladimir Putin, contra Ucrania tiene un primer significado. O la UE decide dar un salto cualitativo hacia adelante para llegar a su unión política de carácter federal –que es precisamente su objetivo fundacional– y se dota, por tanto, de políticas

comunes en materia de asuntos exteriores y defensa, o va directa a la irrelevancia internacional. El papel que la UE está jugando en la crisis actual no está a la altura de las circunstancias, y esto es así porque todavía no ha llegado a la categoría de un verdadero actor global.

El expresidente del gobierno italiano, Enrico Letta, lo ha advertido recientemente con estas palabras: «O la UE llega definitivamente a su unión política o en el futuro sólo podrá tomar una de estas dos decisiones: convertirse en una colonia de Estados Unidos o en una colonia de China». La inercia del actual desafío de Putin lleva a un fortalecimiento del «protectorado» que Estados Unidos ejerce sobre Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, a través de la OTAN.

El inspirador del proceso comunitario de integración europea, el francés Jean Monnet, escribía hace siete décadas que «serán necesarias grandes pruebas para que los estados europeos comprendan que la alternativa a su unión política es la irrelevancia». Cabe preguntarse hoy sobre qué pruebas más debe soportar Europa para que sus estados se den cuenta de la necesidad de unirse de verdad. ¿No son la Gran Recesión y sus secuelas europeas como la crisis de la deuda soberana, la crisis de los refugiados, la reemergencia de China, la aparición de Trump, el Brexit, la pujanza del autoritarismo y del nacional-populismo, el conflicto creciente entre Estados Unidos y China que está redefiniendo el orden internacional, la urgencia de la lucha contra el cambio climático, la revolución digital, la cuarta revolución industrial y la aceleración tecnológica, la pandemia y ahora la invasión rusa de Ucrania, pruebas suficientes?



En palabras del belga Paul Henri Spaak, uno de los Padres de Europa, también podemos preguntarnos

«¿cuándo se darán cuenta los estados de Europa que, uno a uno, todos son pequeños, a pesar de que algunos aún creen que son grandes?».

Los miembros del grupo de opinión Treva i Pau hemos elaborado recientemente, antes de la invasión rusa de Ucrania, un Manifiesto, que hemos enviado a la Conferencia sobre el Futuro de Europa, presidida por las tres instituciones comunitarias europeas –Comisión, Consejo y Parlamento–, en el que expresamos nuestro convencimiento de que, sin unión política federal, la UE no tiene futuro. Esta Conferencia se cierra el próximo 9 de mayo, coincidiendo con el Día de Europa. Está por ver si acabará, o no, como una consulta ciudadana elogiada, pero sin efecto práctico, a pesar de la emergencia de los acontecimientos que estamos viviendo y la necesidad de estar a la altura o periclitar.

La invasión de Ucrania responde, por otra parte, al intento de Putin de derribar el orden liberal mundial establecido a partir de la Segunda Guerra Mundial, confirmado en los años 1989 y 1991 con la caída del Muro de Berlín y la implosión de la URSS, respectivamente. Al mismo tiempo, trata de establecer un nuevo orden político mundial, basado en zonas de influencia, dominios imperiales, soberanías limitadas y predominio de la fuerza sobre la negociación, el compromiso, la diplomacia y las normas multilaterales.

La nueva geopolítica se juega actualmente entre tres superpotencias y el retorno de viejos imperios.

Las tres superpotencias son la hegemónica (Estados Unidos) que quiere continuar conservando su supremacía y que ha declarado que su principal prioridad es el desafío de China; la reemergente (China), que a través de un desarrollo económico meteórico a partir del año 1978 con el establecimiento de un capitalismo de estado aspira al liderazgo mundial; y una tercera (Rusia), la más débil económicamente, pero en la que nunca se puede infravalorar debido a la magnitud de sus recursos naturales y de su armamento nuclear, que añora su época de superpotencia (1945-1991), pretende recuperar el control sobre los territorios pertenecientes a la extinta URSS y devolver a la categoría perdida de poder global (Putin se enojó mucho cuando Obama la calificó durante sus dos mandatos presidenciales (2009-2017) de simple «potencia regional»).

Rusia, impulsada por el nacionalismo autoritario de Putin, quiere figurar de nuevo como superpotencia dentro de un nuevo orden mundial, a pesar de su debilidad económica. Rusia tiene un PIB algo superior al español e inferior al de Italia, con un territorio sesenta veces mayor que este último país. Es una



gran potencia militar y al mismo tiempo un país en decadencia que pierde población y que no ha preparado su economía para el día en que China y Occidente ya no necesiten su gas y su petróleo. Putin preside una cleptocracia que esconde miles de millones de euros en paraísos fiscales. Las clases medias no se han beneficiado y Putin las ha traicionado. Traicionó también el alma rusa, como hizo Stalin y todos los dirigentes soviéticos salvo Gorbachov, el estadista incomprendido que propuso «una casa común europea», un sistema de seguridad integrado que aún no ha sido posible.

El regreso de los imperios también está al orden del día. Tres ejemplos lo corroboran: el peso creciente de la India, el intento de la Turquía de Erdogan de restablecer influencia de Estambul sobre los territorios del antiguo imperio otomano y la voluntad de Teherán de recomponer la zona de influencia del antiguo imperio persa.

Dentro de este nuevo panorama geopolítico, la UE no juega el papel de actor que le correspondería si actuara unida de verdad. Y, por tanto, «corre peligro». Esto es lo que advierte últimamente con insistencia Josep Borrell, Alto Representante de la UE para asuntos exteriores y defensa. Tiene planteada una propuesta de una nueva Europa de la defensa, llamada «Brújula Estratégica», que espera que sea pronto una realidad. También propone que la UE llegue a una «autonomía estratégica», desde todos los puntos de vista (tecnológico, comercial, militar, etc.) que le permita desempeñar un papel de mediador en un mundo multipolar dominado, sobre todo, por la rivalidad entre

Estados Unidos y China, y por la pretensión de Rusia de recuperar, si es preciso con la fuerza, como se está viendo en Ucrania, su rol perdido de poder global. En la UE se trabaja en todas estas direcciones y los progresos están por ver.

Europa necesita ser el ama de su seguridad y organizarse de otro modo para contener a Rusia y adaptarse a un nuevo orden mundial. Si lo consiguiera, podría incluso pensar, finiquitada la era Putin, al establecer una asociación estratégica con una Rusia que habría ayudado a evolucionar hacia una verdadera democracia. Europa y Rusia son complementarias desde muchos puntos de vista. Una Eurasia bien organizada, con un territorio inmenso y enormes recursos naturales, podría constituir una superpotencia al nivel de las más grandes.

El día 24 de febrero de 2022, el día en que la Rusia de Putin invadió Ucrania, es un día negro para la historia de Europa y del mundo. El historiador judío Yuval Noah Harari nos advierte que ésta era una centuria poco de fiar, y que

«la estupidez humana es una de las fuerzas más importantes de la historia, y a veces lo pasamos por alto».

Al siglo XXI le cuesta dar buenas noticias. Comenzó con los ataques terroristas en las Torres Gemelas de Nueva York y la eclosión del terrorismo islamista en 2001, después estalló la Gran Recesión que el FMI



definió como «el colapso económico y financiero más grave desde la Gran Depresión». Cuando todavía no hemos salido de la gran pandemia del coronavirus, nos llega una gran «estupidez» proveniente de Moscú.

En estos momentos históricos, Europa necesita coraje, determinación y sabiduría. Cuatro prioridades a considerar

Primera, una vez se ha dicho y es sabido por Putin que la OTAN no luchará por Ucrania, necesitamos asegurar la defensa de todo el territorio europeo de la OTAN, especialmente el fronterizo con Rusia, Bielorrusia y Ucrania, en cuanto a todo tipo de posibles ataques, incluyendo los ciberataques y formas híbridas. Durante setenta años, ninguna potencia se ha atrevido a atacar territorio de la OTAN, gracias a la existencia del famoso artículo 5 de la organización, según el cual un ataque a cualquier miembro de la OTAN equivale a un ataque al conjunto de miembros de la organización, lo que equivale a un ataque a Estados Unidos. Necesitamos establecer líneas rojas y creíbles en la Rusia de Putin. De lo contrario, el autócrata que manda en el Kremlin sin escrúpulos y de forma despótica, una vez ocupada Ucrania, podría persistir en sus pretensiones, que no acabarían hasta recuperar todo el territorio perteneciente a la antigua URSS y zona de influencia. Los tres países bálticos, hoy miembros de la UE y de la OTAN, podrían ser evidentemente un próximo objetivo.

Segunda prioridad. Hay que dar el máximo apoyo a Ucrania, evitando la guerra directa con Rusia, que sería catastrófica y que nos llevaría a una situación MAD (*mutual assured destruction*) (destrucción mutua asegurada), propia de la guerra fría (1948-1989), en virtud de la posibilidad de utilización de armas nucleares con posibilidad de destruir el planeta. La UE debe prepararse para recibir una nueva ola de cientos de miles de refugiados y afrontar una gran ayuda humanitaria.

Tercera prioridad. Las sanciones contra Rusia deben ser fuertes. El coste a pagar por la Rusia de Putin debe ser muy alto y contribuir a su caída y al descrédito definitivo de los regímenes autocráticos, al que tan acostumbrado está históricamente el pueblo ruso. Ya se sabe, la Rusia de Putin puede aguantar las sanciones económicas, se ha preparado anteriormente y cínicamente para hacerlo, pero debe procurarse que el coste sea el máximo posible. La invasión de Ucrania debe convertirse en la palanca que lleve finalmente a la caída de Putin y, en último término, a la caída de la dictadura en Rusia y la apertura de su camino hacia la libertad, la democracia y una asociación estratégica con la UE, que dé luz a una nueva Eurasia. Al final deben ser los propios rusos quienes deben decir «ya es suficiente, no en nuestro nombre».

Cuarta prioridad. Debemos prepararnos para una larga lucha. Tardaremos tiempo en ver las consecuencias de la invasión del 24 de febrero. Recordemos la Hungría de 1956, aquello fue «la victoria de una derrota», que llegó muchos años después. La probable toma y sumisión de Ucrania por parte de la Rusia



de Putin puede ser celebrada por el Kremlin como una victoria, pero al cabo de los años se puede transformar en la gran derrota de los regímenes autoritarios rusos, después de haber convertido a Rusia en un paria mundial.

Putin probablemente ganará la guerra de Ucrania y conseguirá imponer el desmembramiento o la neutralización del país. Pero esta victoria –llena de dolor, sangre y destrucción– no hará más fuerte a Rusia sino a sus enemigos de la OTAN, más cohesionados que nunca, y a la larga será probablemente su ruina.

El futuro a medio plazo por el que los europeos debemos trabajar es claro: llegar a nuestra unión política federal, después de una primera etapa de autonomía estratégica; ayudar a conseguir la verdadera democratización de Rusia; trabajar para una futura asociación estratégica de la UE con una Rusia libre y democrática hasta crear una gran Eurasia en paz y bien entendida, un actor global comparable a los más grandes.

* * *

¿Presionará Putin el botón nuclear?

César Casal (*La Voz de Galicia*)

Rusia no iba a ocupar y luego anexionarse Crimea en el 2014. Lo hizo. Rusia no iba a entrar en el conflicto de Dombás y lo hace desde el 2014. Rusia no iba a invadir Ucrania y lo hace. Rusia no iba a atacar objetivos civiles y lo está haciendo sin parar en las ciudades ucranianas. Putin ha hecho todo lo que ha dicho que no iba a ocurrir. Estamos ante una personalidad muy compleja que tiene el poder absoluto de una potencia nuclear.

Putin ha recuperado la estrategia de la guerra fría, amenazar con sus armas nucleares, lo que los expertos llaman escalar para desescalar. Pero, como señalan esos mismos expertos, no hay que seguir creyendo que no llevará a cabo sus planes. Uno de los que mejor conoce al zar del Kremlin es el premio Nobel de la Paz, Dimitri Muratov. Este hombre ha explicado a la BBC que «las palabras de Putin suenan como una amenaza directa de guerra nuclear».

Dimitri Muratov, editor en jefe del periódico *Novaya Gazeta*, añade que «en ese discurso televisivo, Putin no estaba actuando como el amo del Kremlin, sino como el amo del planeta». Es un matiz importante. Así se siente el ex espía que trepó hasta lo más alto, el hombre que cree que Gorbachov era un flojo que le robó a Rusia lo que siempre fue suyo, las repúblicas como Ucrania, que la rodean. Putin es un nostálgico de la Unión Soviética. Nunca comprendió que Gorbachov entregase el imperio soviético. Él quiere ser el jefe de ese imperio, de ahí su amenaza nuclear, aunque su ejército esté dejando mucho que desear sobre el terreno en Ucrania.

Una personalidad como Putin no sabe perder. Ha incrementado los bombardeos sobre las ciudades, porque la invasión relámpago no le está sa-





liendo. Amenaza con el botón nuclear, porque las sanciones económicas están causando un daño inmenso a Rusia. Tiene que redoblar su apuesta. Sabe perfectamente que si el sistema económico colapsa, detrás, a pesar de su mano férrea, puede colapsar el sistema político. Lo vuelve a explicar Muratov: «De la misma manera que el dueño de un auto reluciente presume haciendo girar su llavero en el dedo, Putin estaba haciendo girar el botón nuclear. Ha dicho muchas veces: “si no hay Rusia, ¿por qué necesitamos el planeta?”. Nadie ha prestado atención. Pero esta es una amenaza de que si Rusia no es tratada como él quiere, entonces todo será destruido».

En Occidente seguimos creyendo que no presionará el botón nuclear. Pero no todos. Algunos militares apuntan a una posible explosión entre Inglaterra y Dinamarca en el mar del Norte para asustar de forma definitiva al planeta, para que frenemos el aislamiento al que está siendo sometido. Putin no es hombre que se deje someter. Putin no es un líder que sepa perder. En Ucrania

no va perdiendo, pero tampoco ganando como creía. En Rusia va perdiendo. Oligarcas rusos por primera vez se han distanciado de él a pesar del miedo que le tienen. No quieren ser una nueva Corea del Norte, desconectada del mundo, e invasores de un país arrasado. Una explosión controlada, primero en una zona sin población, para enderezar la derrota estratégica. ¿Por qué no? Es Putin, frío como un iceberg y, como el iceberg, lo oculta casi todo.

* * *



 **La Editorial Actas**
se complace en invitarle al acto de presentación del libro de
José Manuel Estévez Payeras
Solo muere el olvidado
El Batallón 11/262 en la Campaña de Rusia. 1942-1943
En el que intervendrán, además del autor:
Félix Sanz Roldán, General de Ejército, ex JEMAD, ex director del CNI.
Carlos Caballero Juzado, Catedrático de Instituto, historiador.
José María Blanch Sabench, Director/a.

Miércoles, 9 de marzo de 2022 - 19:00 h.
Auditorio de la Real Gran Peña - Gran Vía, 2 - Madrid.
Entrada libre hasta completar aforo.
Se exige abrigado adecuado, Cabello: Chuzeta y corbata. No se permite el acceso a la Real Gran Peña sin el cumplimiento de esta norma.

* * *